

Rumanía aplaza la revuelta

Nicușor Dan, candidato independiente y de línea liberal-reformista, se proclamó ayer vencedor en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales rumanas tras derrotar con claridad a George Simion, de convicciones soberanistas y crítico con las políticas de la Unión Europea y la OTAN. Simion, que obtuvo una victoria arrolladora el pasado 4 de mayo, en la primera vuelta de los comicios, había recogido el testigo de Călin Georgescu, el candidato independiente y también soberanista, cuya victoria el 24 de noviembre fue invalidada por la Corte Constitucional rumana.

La victoria de Dan, que ha cosechado el 55% de los sufragios, ha sido acogida con alivio por todos aquellos que aspiran a continuar en el *business as usual* posmoderno. Aunque a menudo se le considere un antisistema por su oposición a la élite tradicional, representada por los socialdemócratas y los liberales de la coalición gobernante hasta ahora, lo cierto es que el presidente electo es un matemático formado en las más prestigiosas instituciones de Francia, no especialmente preocupado por la recuperación de las ideas políticas fuertes y abiertamente favorable a la integración europea, por lo que en Bruselas cuentan con encontrar fácilmente la manera de trabajar con él.

Se mantendría así intacto el tradicional compromiso euro-atlántico de Rumanía, que llega a la extravagancia de sostener su corte constitucional que la pertenencia a la Unión Europea y a la OTAN forma parte del bloque de constitucionalidad rumano por constituir dichas organizaciones las garantías políticas y militares de la democracia y, en consecuencia, que ningún programa político que defienda la salida de la Unión Europea o la OTAN es legalmente admisible en Rumanía.

Más allá de su importancia económica o demográfica, Rumanía se ha convertido en los últimos años en una pieza clave de la estrategia oriental de la OTAN y la Unión Europea. En su territorio se encuentran dos de los cuarteles generales que controlan las tropas de la alianza atlántica desplegadas en el este (*Enhanced Forward Presence*), uno de los dos emplazamientos del *US Aegis Ashore Missile Defence System* (el otro está en Polonia), y la importantísima base aérea Mihail Kogalniceanu, cercana a la costa del Mar Negro, que está en proceso de convertirse en una de las mayores bases de la OTAN en el Viejo Continente. A esto se suman, además, unas fuerzas armadas en proceso de crecimiento y modernización con gran apoyo de Estados Unidos, que no ha dudado en dotar a los ejércitos rumanos de cazabombarderos F-35, carros de combate Abrams, sistemas Patriot de defensa antiaérea o lanzacohetes múltiples HIMARS. No es de extrañar, por tanto, que la perspectiva de que Rumanía acabase militando en el bando de los Fico y los Orban no fuera especialmente halagüeña para los cuarteles generales de Bruselas.

La alegría, sin embargo, no puede ser completa. Si algo ha dejado claro el ciclo electoral que ahora termina es que el pueblo rumano, como muchos otros a lo largo y ancho de Europa, desconfía cada vez más de las formaciones políticas tradicionales y se muestra dispuesto a dar su voto a candidatos independientes, tal y como ha ocurrido con Călin Georgescu y Nicușor Dan. Eso y que las fuerzas políticas soberanistas cotizan al alza y continúan obteniendo excelentes resultados -la fuerte subida de Chega en Portugal es otra prueba de ello- que, más pronto que tarde, obligarán al *establishment* de Bruselas y al conservadurismo obsoleto a tenerlas en cuenta y abandonar la fantasía de marginarlas o hacerlas desaparecer.